

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, setiembre de 1957

Núm. 1063

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción

Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:

Muralla, 7- 1.º Telf. 3988

GIJÓN

La simplicidad de Fray Simplicio, el lego

FUÉ husmeando la polvorienta biblioteca de un convento franciscano próximo a Perusa donde cayó en mis manos esta deliciosa historia. No figura en las «Florecillas», pero es digna de tal, porque es la historia de una virtud que cuajó también en flor: en una flor maravillosa.

* * *

Allá por el año 1350 había cerca de Parma un viejo caserón con pretensiones de convento, que servía de morada a algunos seguidores del Santo de Asís.

Los frailes vivían pobremente; pero el espíritu del seráfico fundador latía en aquellas paredes como algo vivo y eterno, y aquellos hombres, vencedores a diario en la terrible batalla de las pasiones, vivían santa y gozosamente, observando la Regla y dedicados, en suma, a los pobres de Dios.

Sin embargo, como era natural, todos trabajaban. Y así Fray Elías era un artista sublime como pintor y copista, autor de códices miniados, de telas pintadas y dibujos murales, como los del Giotto o Fra Angélico.

Fray Juan dedicaba su tiempo a la poesía y hablaba de Dios con sus rimas maravillosas. Fray Rufino era cocinero, y también servía a Dios, como dice la Santa de Avila, «entre las carcerolas». Fray Benito era músico y compositor; médico, Fray Sebastián, y Fray Bernardo teólogo....

Todos, en fin, ocupaban un puesto en aquella pequeña y santa sociedad; todos menos un pobrecito medio fraile—diría la Santa del Carmelo—, o, mejor dicho, un medio lego, pues tal era la condición del hombre.

Se llamaba Fray Damían; pero un fraile bonachón y humorista dióle el sobrenombre de Fray Simplicio, y Fray Simplicio fué ya para todo el mundo, sin que en ello hubiera intención de ofensa por parte de nadie, sino un asentimiento tácito de todos a un apelativo que tan bien cuadraba con su sencillez.

El tal Fray Simplicio era bajo de estatura, moreno y flaco, de carácter simple y bobalicón, confiado y son-

riente a todo. Por ser, además, de pocas luces, habíale encargado de la huerta, que abastecía de fruta y verduras a los frailes, y él cumplía su cometido con santa obediencia y mudo entusiasmo.

En una ocasión, y habiendo acabado pronto su trabajo en la huerta, fué Fray Simplicio a la cocina a ayudar a Fray Rufino, el cocinero, y se dispuso con aquella prontitud y diligencia que para todo tenía, a picar una lechuga con su cuchillo.

Acertó a pasar por allí Fray Sebastián, el cual, viendo de tal guisa a Fray Simplicio, entró en la cocina y, fingiendo no haber visto al lego, dirigióse al cocinero:

—¡Dios te guarde, hermano!

Volvióse luego como distraído y topóse con Fray Simplicio, que dedicado en cuerpo y alma a su labor, no le vantaba la cabeza.

—Y a ti también Fray Simplicio. Siempre trabajando. ¿eh? Bien, bien; ¿y qué haces ahora?

—Estoy picando esta lechuga para la cena.

—¿Eh?—se asombró Fray Sebastián.

—Pero ¿qué haces, hombre de Dios? ¿Cómo se te ocurre tan grande disparate de cortar una lechuga? ¡Ay, hermano, habré de decirle al padre guardián que un mal espíritu ha poseído a uno de los fieles.

Tan grandes aspavientos hacía Fray Sebastián, que Fray Simplicio, desparado, aterrado, como si la hidra del Apocalipsis se cerniera sobre su cabeza, dejó caer el cuchillo y la hortaliza, y, poniéndose en pie, imploró con los ojos llenos de lágrimas:

—Pues ¿qué hice, Fray Sebastián?, ¿qué nueva maldad hice?

—¡Ah, desdichado!—gimió Fray Sebastián, con la voz descompuesta de risa—. ¿Tú no sabes que las plantas viven? ¿Tú no sabes que los hombres, las bestias y las plantas son salidos todos de la mano de Dios Nuestro Señor, como se nos dice en el Génesis y que nosotros no podemos quitarle la vida a nadie, y que si lo hiciéramos, reos seríamos de grandes crímenes? ¡Ay, Fray Simplicio! Tú estás quitando la vida a esa planta con ese malvado cuchillo; tú estás desgarrando sus ner-

vios y vasos y rompiendo el tronco por donde va su sangre; tú estás recreándote en destruir la obra de Dios. Anda y ve a Fray Elías y confiesa enseguida tu falta para que Dios te perdone....

Asustóse mucho Fray Simplicio ante aquellas palabras, dichas con voz campanuda, donde cualquiera hubiera visto una broma, y, llorando a lágrima viva, fué murmurando:

—¿Qué hice, Dios mio, qué hice....?

Rióse para sus adentros Fray Elías del susto del lego; pero dió también gracias al cielo, porque, a través de aquella candidez, veíase un alma apta como pocas para vibrar en los sentimientos de la bondad y el divino amor. Costóle mucho trabajo; pero al fin consiguió tranquilizar a Fray Simplicio, y, yéndose luego Fray Sebastián, le reprendió aquel defecto suyo de burlarse del pobre lego.

* * *

En la huerta que cultivaba Fray Simplicio había unos rosales silvestres; pero, sin duda alguna, debían de estar emponzoñados por alguna planta venenosa que junto a ellos naciese, pues nunca habían llegado a dar ni una flor siquiera.

Fray Simplicio, sin embargo, los cuidaba y podaba normal y cuidadosamente, como si de rosales bíblicos o de Macedonia se tratara, y con ello hallaba nuevo motivo de burla Fray Sebastián, el cual, cada vez que topaba con el jardinero, le preguntaba con sorna:

—¿Qué, florecieron ya tus rosales, Fray Simplicio?

A lo cual contestaba el lego, súbitamente contristado:

—Aún no, padre; aún no....

No llegaba a entender la broma el pobre fraile, y creyéndolo sincero el interés de Fray Sebastián, postrose un día de hinojos ante los rosales, y con mucha devoción y recogimiento rogó a Dios que permitiera a aquellas hierbas la maravilla de una flor; pero los rosales no florecían, y el buen lego pensó que, si Dios vestía con tanta gala y ornato las plantas de todo el mundo, dotándolas de ropajes tan ricos como los que ningún rey lograra vestir, y no permitía, en cambio, a aquellas feas plantas la caridad de una rosa, era sin duda porque era él quien las cuidaba, y ello quería decir solamente su gran miseria e indignidad,

por lo que Dios le castigaba condenándole a que no floreciesen las plantas como él tanto lo deseaba.

Pasó algún tiempo, y llegó un día la víspera del aniversario de la muerte del santo fundador, el cual celebraban los frailes con especial devoción, y apurábase el bueno del jardinero, pues que por venir retrasada la estación aun no habían abierto los capullos de las flores del jardín, por lo que no podría adornar el altar, como era costumbre y gran placer de Fray Simplicio.

Aquel día, y a la hora de nona, cruzóse Fray Simplicio con Fray Sebastián, el cual, sonriente y burlón, preguntóle:

—¿Qué, hermano Simplicio, florecieron ya tus rosales?

Y siempre la misma cantinela:

—Aún no, padre; aún no.

—¿Cómo vas a hacer para adornar mañana el altar?

—No sé; Dios proveerá... —exclamó apenado, el lego.

Terminó así la charla, y después de la cena y los rezos fuese cada uno a su celda, y, llegándose Fray Simplicio a la suya, postróse de hinojos, con los brazos en cruz y muy compungido, llorando lo que él creía sus pecados, y exclamaba:

—¡Oh, Santo Padre Francisco que estás con Dios en su gloria! yo no podré ir allá nunca, pues el Señor no me habrá de perdonar mis iniquidades y pecados, y ello lo veo en que no quiere permitir que mis pobres rosales vivan.

Y con estas y otras lamentaciones, impregnadas de grandísima humildad y desprecio de sí, pasó la noche orando.

Llegó, al fin, el alba, y fuése el lego a su huerto para recoger algunas verduras, y, acertando a pasar junto a los rosales, quedóse como mudo y aterrado, viéndolos cubiertos enteramente de rosas, que exhalaban un aroma celestial.

Cayó de hinojos el pobrecito fraile, y mientras las lágrimas regaban su rostro, su alma quedó en éxtasis ante las rosas lleno de gozo al ver el prodigio que Dios había querido usar con él.

En tanto, Fray Sebastián recibió por permisión divina, noticia de lo ocurrido, y, corriendo hacia la huerta, se hincó ante Fray Simplicio, besándole los pies, aunque el lego intentaba impedirlo; y humillándose ante él, como era de buen corazón, dijo a Fray Simplicio:

—¡Oh, hermano Simplicio; ahora veo en cuanto aprecio te tiene Dios Nuestro Señor, mientras que yo soy un pobre pecador, indigno de besar tu hábito!

Abrazóle Fray Simplicio emocionado, y habiendo acudido los demás frailes y el guardián, glorificaron a San Francisco, y desde entonces el lego fue tenido en gran estima y consideración, muriendo años después en olor de santidad.

Y aún cuenta Fray Francisco de los Angeles—el monje copista de quien tomé la historia—que la noche en que los restos de Fray Simplicio estuvieron en el féretro en la capilla del con-

vento, entró un gran sueño a los que velaban, y al abrir los ojos vieron, no una paloma que ascendía al cielo, como en aquella sierva de Dios, sino todo el ataúd cubierto de rosas como aquellas que hizo florecer la humildad y simplicidad de Fray Simplicio.

Hasta aquí la historia. Y para terminar, como en las «Florecillas»:

«En alabanza de Cristo Nuestro Señor. Amén».

José María P. LOZANO

Con agua... y la gracia de Dios

Se habían encontrado en la calle y allí se estaban habla que te hablarás.

Hacía mucho tiempo que no se habían visto, tenían mucho que contarse, eran mujeres...

Juliana habla de su marido, de sus pequeños, de lo feliz que era. Carmen, contaba lástimas y miserias, trabajos y dolores.

Y aunque nada se hubiesen dicho, solo con verse y contemplarse mutuamente, podían haber sabido mucho la una de la otra.

Carmen iba sucia, zarrapastrosa, hecha un fardo desaliñado y peluchón, aviejada y marchita en plena juventud. Juliana iba limpia como los chorros del oro, garbosa, hasta elegante con su sencillo traje de mujer de obrero.

—¡Quién pudiera volver a aquellos días en que íbamos juntas al taller! suspiró Carmen!

—Pues yo no deseo tal cosa—habló Juliana.

—¡Claro! ¡Como eres dichosa—dijo la otra.

—Gracias a Dios, así lo soy, ¿A qué negarlo? —siguió hablando Juliana.—Mi marido es un buen trabajador y es amante de su casa y de sus hijos... Y me quiere con el fervor de antes de casarnos.

—Así era el mío!...

—¿Y por qué ha cambiado?

—No lo sé... ¡Cosas de hombres!

Juliana protestó,

—No, cosas de hombres no, porque el mío, mi Eugenio, es honrado y formal, y en fin, ¿a qué repetir tantas veces lo mismo?

—Así era el mío!... —tornó a repetir Carmen.—Durante los primeros meses de casados era bueno y tratable, y no conocía más camino que el de casa al taller y el del taller a casa... Ahora, él sabrá en qué cafetín almuerza, come y cena... ¡y hasta me ha pegado!

—¿Y no tenéis chicos?—le preguntó Juliana un poco triste.

—No...

—¿Y tú? ¿qué haces, pues?

—Nada...

—¡Nada exclamó Juliana—y luego, de repente, y no sin intención, le rogó:—sube a mi casa... está aquí cerca la verja y verás a mi pequeño que se quedó en la cuna.

Aquella habitación* de obrero se enseñaba pronto—¡tan diminuta era!— Pero

Juliana la mostraba despacio y con aire solemne, cual si guiase por los anchos salones de un palacio encantado.

—Esto hace de salita y comedor... ¿ves? la cocina, pequeña, pero alegre... Este cuartito nos sirve para muchas cosas como puedes observar tu misma. Aquí un corredorcillo abierto donde Eugenio tiene sus macetas.

—¿Le gustan las flores? no pudo menos de murmurar Carmen.

Aquí... Entra... La alcoba... ¡Calla, que duerme el niño!...

Durante unos instantes contemplaron las dos en silencio al pequeñuelo, y luego, Carmen, sin poder dominarse, se dirigió a la sala, se sentó en una silla y prorrumpió a llorar con lágrimas hondas y calladas.

Veía el contraste entre la vida de su amiga y la suya, entre aquel nido de amor y el suyo de odio; pensaba que nunca jamás podría ella gozar de tanta dicha.

Juliana, comprendiendo la causa de aquel llanto, quería consolarla.

—También mi Eugenio, a los pocos días de casado, comenzó a querer ser como tu Pablo... Pero yo no me amilané, no me abandoné, no me desesperé... Siempre que venía él a casa, la encontraba limpia y reluciente como la ves ahora, y a mí me hallaba arreglada y bien compuesta y bien amorosa, para él... Todos los días le daba un guiso nuevo sin gastos apenas, con un poco de ingenio y buena voluntad... Con mis ahorrillos, aunque escasos, compraba novelas; para él. Este sillón para que reposase al venir del trabajo, estos adornos de puntilla que me pongo cuando con él salgo de casa y que no vale nada y que aparenta tanto con solo lavarlos y plancharlos... Poco a poco iba él aficionándose a la casa, la hallaba grata y pacífica, se sentía atraído por la magia confortadora y dulce de su hogar... Y lo amó, ¡Y a mí también!...

—Ganará mucho tu marido... —la interrumpió Carmen.—Porque el mío gana diez y ocho petas. y no hay para empezar.

—Pues Eugenio gana diez y seis—dijo Juliana.—Mas no consiste todo en el jornal ni en ello está la dicha.

—¿En qué, pues?—interrogó Carmen ansiosa.

—En hacer la casa, pequeña o grande, un verdadero oasis, un refugio, un rincón de cariño en el que pueda descansar el marido a su gusto y sentirse amado y ser feliz, sin echar de menos el falso lujo del café y el mullido terciopelo de sus divanes, o el amargo placer de la mesa de juego o las abyecciones de la inmunda taberna... Todo está en nuestras manos; la alegría y la paz del hogar dependen de nosotras...

—Pero ¿cómo?... ¿cómo?... preguntaba la otra, desaliñada y sucia, alzándose.

—¿Cómo?... Es barato y es fácil... Con agua, solo con agua, que es limpia, casta, brillante, y alegre...

—¿Solo con eso?

—Y con amor... Y con la ayuda y la gracia de Dios... ¡Oh! si en lugar de llamarme Juliana tuviese yo un nombre tan bonito como el tuyo, ya haría tiempo que mi marido me llamaría Carmina...

J. LE. BRUN

Jesus y el mendigo

Marchaba el buen Jesús por un camino en sus largas jornadas por el mundo; y era entrada la noche, cuando vino a posarse a sus pies un vagabundo, que le dijo con júbilo y con llanto:

«—¿Eres Jesús el Nazareno? ¡Cuanto te he buscado, Señor, para que hagas un grandísimo bien!» Y abrióse el manto, y el cuerpo le mostró lleno de llagas.

«De pueblo en pueblo voy para que vean mis úlceras sangrientas... y mitiguen su ardor; pero los hombres me apedrean y los canes rabiosos me persiguen.

«Ten piedad de mis llagas miserables tu que llevas el bien por do caminas, tócalas con tus manos admirables que conviertes en rosas las espinas...»

Así dijo el mendigo con tristeza. Y Cristo entonces, de ternura lleno, puso un beso de paz en su cabeza y le hizo descansar sobre su seno diciéndole: «Por todas tus querellas, Yo mezclaré mis lágrimas contigo...» Y lloró tantas... que bañóle en ellas... y al mirar sus andrajos el mendigo ¡los halló salpicados con estrellas...!

AMADO NERVO

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

... Y dijo Jesús a sus discípulos:

—Nadie puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión al uno y amor al otro, o si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir a Dios y al dinero.

No encontraréis vuestra gran ilusión en reunir bienes materiales. No os habrán de llenar de felicidad. Ni tampoco llegaréis a encontraros satisfechos, porque la ambición es una ilusión cuyos límites se aumentan según se va logrando. A mayor riqueza mayor ambición. Y eso es peligroso.

Triste fin la del rico ambicioso que ve llegar la enfermedad fatal o el final de su vida rodeado de riquezas, de bienestar, de comodidades... y tiene que dejarlas, aquí, en este mundo, todas, para presentarse ante Dios para darle cuentas de cómo administró esas riquezas en los años que estuvieron en sus manos.

El le pedirá cuentas, también, de cómo fueron adquiridas, si lo fueron en perjuicio de otros, con medios inmorales, negocios fuera de la ley moral.

Todo este problema terrible se plantea

a quien sólo ha servido al dios-dinero, olvidándose de que otros hombres, cerca de él, vivían en la miseria, careciendo de lo imprescindible para poder vivir.

Momento terrible el de la muerte para quien nada puede hacer ya para rectificar y ordenar su vida, estableciendo un orden moral en sus ambiciones, y aprovechando las riquezas adquiridas honradamente, en beneficio del prójimo, pues si Dios se las ha concedido, en ellas tiene un medio magnífico de ejercer la caridad entre sus semejantes con la seguridad de que Dios complacido llevará a su alma en los últimos momentos de su vida la paz y la esperanza que El reserva a sus fieles servidores.

Buscad el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura,

R.

Pleito de los Corregidores

Más abajo de la Puerta de Hierro, y luego de dejar a un lado la calle de las Carnicerías, ensangrentada con las tablas de los jiferos; en lo más angosto de la costanera de San Pablo, ábrese ancho círculo, y allí destacan frente a frente dos carrozas. Sólo falta la del Obispo para ver reunidas todas las de la ciudad. Son nones y no pasan de tres.

En torno de las carrozas hállanse inmóviles varios señores vestidos con grandes ropillas. Más allá, por la Plaza de San Andrés y hasta el Realejo, dilátase un enjambre zumbador, cantarín, cuchufletero, arracimado en balcones, encaramado en rejas, apretujado y sudoroso en la rúa. Es toda Córdoba impaciente y ansiosa por conocer un fallo, cuidadosamente guardado en secreto.

Al caer de la espadaña del templo de San Pablo la última campanada de las diez, hay murmullos; redobla un tambor y se hace el silencio, silencio tal que se oye distintamente la voz del alguacil, diciendo con énfasis:

—En nombre de la Sacra y Católica Majestad de don Carlos, por la gracia de Dios Rey de Castilla, León...

Descúbrese todos en acatamiento al Soberano, y aguardan aguzando el oído. Empeño inútil; como el ronroneo de un tábano, llega el gangueo del alguacil desgarrando fórmulas, títulos y fundamentos de derecho.

Hay un instante en que el bando del Conde-duque se encrespa y está a punto de atumultuarse; el alguacil enumera puntualmente los privilegios que al Corregidor otorgan primacía en ejercicios de funciones y como representación de la ciudad.

Dos años y no menos llevan los carruajes detenidos en mitad de la calle, sin que sus respectivos dueños se acomoden a cesar cediendo el paso. En dos años no adelantó una rueda hacia San Andrés el coche del Conde-duque. En dos años no pudo llegar a San Pablo el vehículo del Marqués.

Durante dos años cumplidos las carrozas estuvieron custodiadas por servidores, que cuidaron de resguardarlas del sol y

de la lluvia, de darles pintura y barniz para que no perdiesen el decoro, y de pintar y abrillantar arneses, hebillas y tirantes.

Aquella mañana han vuelto a ser enganchados los caballos de tiro y quedaron los carruajes en disposición de emprender la marcha.

—Si vienen para acá—exclama un gallofero arrinconado en la puerta de San Andrés—, ganó el pleito el Conde duque, y norabuena sea.

—Si ese galán alférez tiene que apartar su caballo para que ruede la carroza—dijo una mujerona adosada a la esquina de la Iglesia de San Pablo—, ganó la partida don Manrique, mal que me pese, y me pesará.

Agrándase el silencio, y torna a flotar sobre el resuello de la muchedumbre la voz del justicia:

—Y como el corregidor de número es mudable y el Corregidor perpetuo no cambia, por ser título con derecho a permanencia y gerencia, no cabe discusión de supremacía entre lo fijo y lo cambiante....

Truena un aplauso y ahoga la voz del ministril.

Sigue la lectura:

—Y no yendo, que no iba, en función de corregidor, y no teniendo, que no tiene, derecho a carroza capitular, cae este pleito en prelación de corregimiento a pugna de méritos en antigüedad y lustre de linaje....

Córdoba retumba en fragor de vítores y palmas. Fallado está el litigio.

Cuando dos años antes, se encontraron las carrozas, un cochero gritó:

—¡Paso al corregidor de número!

—¡Paso al corregidor perpetuo!—clamó otro conductor!

Y allí quedáronse, sin avanzar ni retroceder.

Ahora la voz del alguacil ordena.

—¡Paso a la carroza del señor Conde-duque de los Visos, corregidor perpetuo de la ciudad de Córdoba!

Y añade seguidamente:

—¡Retroceda y deje calle la carroza del señor Marqués de Aguilarejo, corregidor de número de la ciudad de Córdoba!

Levántanse con satisfacción de legítimo orgullo muchas testas; abájense abochornadas algunas otras; lentamente, ocupado por su dueño, retrocede calle arriba el carruaje de Aguilarejo, y simultáneamente inicia el avance la carroza del Conde-duque...

De repente, en el vocerío delirante de los bandos se abre una pausa.

Los corregidores hanse apeado y acuden a saludarse como lo que son: como espejos de caballeros.

Don Manrique, intensamente demudado habla:

—Perdonen todos si me equivoqué. Me equivoqué por amor a Córdoba.

—Noble equivocación—respondió don Martín Alonso—, pues yo quise rectificar por la gloria de Córdoba y de la noble Casa de Córdoba.

Y, luego de abrazarse los corregidores, dispone el Conde-duque:

—Que no ceje más tu carruaje. Holgadamente hay camino para los dos, y hasta para que luzca su garbo el alférez Valenzuela. Y aquí tenga fin nuestro pleito.

M. R. BLANCO BELMONTE

«El Capitán de las Esmeraldas»

Comentando

EL RUBOR

No me mires, no me mires,
que me pongo colorada.

—¿Por qué, niña, si te miro
se te sonroja la cara?

Maravillosa musa popular, en cuatro palabras dejadas caer así, como sin importancia, siempre reflejan hondos pensares y profundas filosofías. Hoy caíste en mis manos, preparadas siempre a recibirte con suavidades de cuna, y te me descubres en una desnudez de tu alma, tan clara y tan limpia, que tal pareces rocío de la mañana llovido sobre la infantil cara de una niña.

Suena a música lejana, lo que debería ser familiar a nuestros oídos. Pero es que el significado de la copla cantada a nuestro oído es cosa casi incomprensible en estos tiempos que corremos. Hoy el rubor es cosa de «antes de la guerra», o lo que es lo mismo, cosa pasada de moda, o exótica a nuestras costumbres civilizadas.

Ahora el recato, aquello que enaltecía ante nuestros ojos el valor de muchas per-

sonas y acciones, se ha cambiado en des-
coco, y el rubor, que era una consecuen-
cia de él, se ha teñido de colorines chillo-
nes, más para llamar la atención que para
disimular su preseucia. El siglo XX, que
empezó en el romanticismo de una teoría
de costumbres caballerescas, se apea de
su caballo alazán y se monta en una burra
callejera y pelona, a cuyos trotes se va
despojando de sus hidalgas vestimentas
espirituales, para quedarse con los ropas
haraposos y polvrientos de una men-
dicidad espiritual deprovable.

Y una de las cosas que en su trotar
desarticulado se desprende de los cabal-
gadores, hombres y mujeres, es el rubor.
Se queda tendido en la sucia carretera, a
la mitad del camino de la vida, y precisa-
mente en el momento en que más falta
nos hace. Y los jóvenes, sin él, ya no sa-
ben cambiar de color, según los antiguos
cánones, y aunque la sientan, dan sensa-
ción de no sentir vergüenza de muchas
cosas que antes sonrojaban a los viejos
lobos de mar.

Nuestros oídos se hicieron a las con-
versaciones sordas, y muchas cosas de las
que antes nos sonaban a cañonazos, nos
parecen acordes filarmónicos de músicas
exquisitas. Nuestros ojos, en franca com-
petencia con los oídos, aceptan hasta los
cuadros abstratos, que pueden ser inter-
pretados del modo más pecaminoso que
deseemos. Y nuestra lengua, como si de
golosinas se tratase, adoba y ajimienta

conversaciones de gran altura y altisonan-
cia. Y el rubor, sin aparecer en nuestro
rostro, como si se asustase de asomarse a
nuestras mejillas, por temor a garantizar-
las de timorantez y de ingenua inocencia.

Antes, por el rubor, calibrábamos la
calidad y cantidad de decoro y de deseos
de buena crianza en las personas. Hoy to-
dos presumimos de «machotes», y si por
un casual se presenta a nuestra vista una
cara ruborizada, ya no presumimos que
ese rubor sea debido a repugnancia de al-
go contra la delicadeza, sino más bien un
incentivo más para llamar nuestra aten-
ción. Vamos, una nueva manera de mos-
trarse la coquetería.

Toda esta filosofía, viene a cuento de
que se me pidió un comentario sobre un
tema normal, de pura actualidad, pero que
dándose el caso de que yo estoy educado
«antes de la guerra», siento algo de rubor
hasta en la pluma.

HERO

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA

CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

Materiales de CONSTRUCCION

Planchas ACANALADAS

de CUBRICION

CARBONES

Covadonga, 27 Teléfono 1817

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)